

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE
EDUARDO ACEVEDO DÍAZ
CORRESPONDENCIA FAMILIAR
(1917 - 1918)

Presentación :
HÉCTOR GALMÉS

Te qui pongo buenas
 y me presento para
 darte un abrazo y un
 beso en tu 14 de octubre
 = bye, aunque estas pos-
 = tales las recibas un
 mes después, que me
 el tiempo y los días.
 = tancia así lo in-
 = poner. Fue padre
 E. A. D.



1 p. m.

En este momento me voy
 -diarios hasta el 13 la agosto
 -armon), y una cantidad de...
 -igual fecha; cuando llegas
 -salida de... -mes. Tomamos por
 -cual vapor los vientos. Me satisfe-
 -con las noticias. Pero que esta la
 -llegue en... tengo que atien-
 -la ida del... general...
 -las, la donde sale vapor el 14 de
 -octubre (día de tus días) y al que en-
 -decido también la salida, donde
 -una cosa para ti. - A esto fecho,
 -deben haber recibido muchas cartas
 -sides, en cambio de las tuyas saludos.
 V.

Fragmento de la carta de E. Acevedo Díaz a su hija Elsa, escrita en cinco tarjetas; en Berna, el 24/IX/917.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

En 1903 Eduardo Acevedo Díaz, que desde hacía cinco años se hallaba radicado en Montevideo con su familia, se verá enfrentado nuevamente a la perspectiva del destierro, ahora bajo el eufemismo de *misión diplomática*. Seis meses después de haber contribuido de manera decisiva a la elección de Batlle y Ordóñez para ocupar la primera magistratura, será designado Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos de EE. UU. de Norte América, México y Cuba. Los avatares de la política determinan que a los cincuenta y dos años se inicie en la nueva actividad que habrá de ejercer a lo largo de tres lustros. Conocerá algunos países del Nuevo y del Viejo Mundo, residirá en Washington, Río de Janeiro, Roma, Ginebra. A juzgar por su correspondencia privada, los viajes no despertaron en él mayores entusiasmos; sólo curiosidad y un discreto interés; rara vez emociones intensas. El hasta ayer protagonista se convierte en espectador nostálgico. Algunos lugares lo atraen porque le recuerdan viejas lecturas. Además sentía que junto con la edad declinaba de modo irreparable su capacidad creadora.

Expulsado del seno de su partido, ausente de la actividad periodística a la que se había dedicado por entero desde muy joven, y, como escritor, eclipsado por la moderna estética, Acevedo debió emprender la difícil tarea de procurarse un nuevo lugar en el mundo.

El 3 de noviembre de 1903, antes de partir para los Estados Unidos, escribió a su sobrina Haydée Acevedo de Laperrière: *Como mi odisea toca tal vez a su último canto, nada más grato para mí que consagrar a los seres buenos un afecto de corazón, siquiera sea como auspicio de mejores días al marchar en busca de un puerto de refugio después de largas tempestades. ¿Crees tú que lo hallaré?...*

La incertidumbre alentó en él la tendencia a la evasión, y soñó con escribir algo tan diferente de lo que había escrito hasta entonces como podía ser una novela mística. *Minés* (1907), obrita endeble, fue un intento vano en tal sentido. Pero en 1912 aún persistía ese sueño utópico, aunque ahora, consciente de la impotencia de hacerlo realidad, se refiere a él con la amarga ironía del escéptico.

En efecto, en noviembre de ese año escribe Acevedo a su hija Elsa desde Río de Janeiro:

Después de leer la carta que te adjunto, y que ya he contestado, me han venido deseos de escribir una novela neo-mística, sugestionado por la sinceridad y nobleza de sentimientos que ella revela.

Y ¿por qué no? En Francia actualmente, cansados al parecer de materialismos y amarguras literarias, se ha pronunciado una

fuerte corriente hacia el neo-misticismo —que no es más que una rama de la escuela romántica.— Una joven de veinte años ha escrito un libro intitulado “La Ciudad de las Lámparas”, en el que sólo se habla con Dios. Buen número de poetas y de novelistas han emprendido la misma tarea.

Divertido, ¿eh?

Pues, si yo me decidiera por lo extra-terrestre, escribiría una novela con el título de “El Rosario de la Aurora”; pero, como mucho me temo que todos los lectores, los más devotos inclusive, se dormirían profundamente antes de terminar la página décima-quinta, prefiero desistir por ahora de tal propósito, por considerarlo así correcto y muy entrado en razón.

¿Qué opinas tú?

La pobre Josefina me ha impresionado, al escoger el momento psicológico para llegarme al alma. Por eso admiro y respeto su fe. Así se lo digo. Le digo que a veces se encuentra al alma tan encogida, que con un soplo de fe como la suya se la echa de bruces. Pero me abstengo de repetirle esta frase hondamente amarga del sabio Berthelot ante la obra implacable de la muerte: todo se resuelve en átomos y moléculas.

He aquí una paradoja que suele advertirse en sus cartas: anhelo de evasión mística, que no responde, empero, a una necesidad propiamente religiosa. Al parecer no fue ésta una preocupación inquietante, sino una tendencia a la ensoñación poética que se manifiesta en momentos de depresión o de fatiga intelectual. Cuando escribió esta carta, estaba de duelo por el reciente fallecimiento de su hermano Antonio, y por la pérdida, más dolorosa aún, de su hijo Huberto acaecida en el mes de junio de ese mismo año. De Huberto, en quien centraba sus mayores esperanzas, decía en 1905 en una carta a su esposa Concepción: “Este hijo promete y yo estoy muy complacido. Le he dicho que quiero verlo un gran cirujano de cuerpo y alma.”

A los sinsabores del final de su carrera política se agregaron, pues, estos pesares y otros a que nos referiremos más adelante. Durante su actuación como diplomático, fueron contadas las veces en que halló algún reposo.

Los acontecimientos de 1903 habían motivado ciertas desavenencias que lo alejaron compulsivamente de algunos de sus más queridos deudos, entre ellos su hermana Fátima, madre de Josefina, a quien se refiere Acevedo en la carta a su hija que hemos reproducido fragmentariamente.

Aunque ahora nos limitamos a publicar la correspondencia familiar de Acevedo Díaz durante los años de su última misión en Europa (1917-18), es oportuno detenerse en algunos aspectos previos para acceder a una visión de conjunto, aunque incompleta, de los últimos decenios de la vida del escritor, escasamente conocidos.

Fátima Acevedo Díaz estaba casada con Washington Bermúdez, periodista y polígrafo de larga y destacada actuación, quien, bajo el seudónimo de *Vinagrillo* hizo a su cuñado blanco de sus sátiras desde las columnas de *La Tribuna Popular*, con motivo de la elección de Batlle.

Este diario montevideano informaba el 2 de marzo de 1903 lo siguiente, con el título *Quid pro quo curioso*:

“...A eso de las 4 1/2 de la tarde se oyeron vivas atronadores y cohetes y desde los balcones de la casa de Gobierno se vio desembarcar por la calle Sarandí en la plaza Independencia un grupo numeroso que llevaba una bandera nacional.

Creyéndose que era la columna cívica que acompañaba al nuevo presidente, Batlle y Ordóñez, los jefes del 1° y 4° de Cazadores ordenaron a sus soldados que presentaran armas y las bandas militares entonaron el himno nacional.

En esos momentos cruzó a todo escape un coche en el que iba el vicepresidente del Senado, don Eduardo Acevedo Díaz. Se había sufrido una equivocación: las tropas, sin quererlo, habían presentado armas a don Eduardo Acevedo Díaz.

El señor Cuestas, que había salido de su despacho para recibir al nuevo presidente, después de permanecer de pie en el salón de audiencia unos diez minutos, volvió a retirarse disgustado con aquella broma y dijo entonces:

—¿Para qué se me anunció que venía? —Y retiróse de nuevo a su despacho, mientras de la calle llegaban a sus oídos los vivas de los manifestantes a los señores Batlle y Ordóñez y Acevedo Díaz.”

Al día siguiente, 3 de marzo, *Vinagrillo* ataca con su acostumbrada mordacidad desde su sección “Diálogos Callejeros”:

—“Graciosa equivocación la sufrida por los jefes de los batallones el día 1° de Marzo.

—¿Cuándo lo confundieron con el presidente Batlle al señor Acevedo Díaz, y mandaron que le presentasen armas y tocasen el himno nacional?

—Eso es... Apenas le comunicaron el quid pro quo al Viejo Trucha (Cuestas), se puso más furioso que de costumbre.”

El breve diálogo en que siguen menudeando los denuestos contra Cuestas, reserva la descarga final para Acevedo. Concluye así:

“...hoy se han engañado los jefes rindiendo honores a Acevedo Díaz, pero puede que mañana no la erren y se los tributen de veras.

—¡Puede! La esperanza es muy buen consuelo de tripas!”

Con este equívoco de comedia las circunstancias contribuyeron a degradar la imagen del caudillo, dando pie al adversario (correligionario ayer) para que compusiera sus diatribas. Acevedo, que durante su larga trayectoria de periodista, supo, más de una vez, dar pruebas de agudo satírico, en ocasiones cruel, era ahora injuriado no sólo desde sus propias tiendas sino también por su cuñado.

Sin embargo, y sin entrar a sopesar las razones que tuvieron unos y otros para justificar sus actitudes, no faltaron las expresiones

de solidaridad y de aliento. Tuvo amigos incondicionales; tuvo admiradores, que llamaban patriotismo y sacrificio a lo que otros llamaban traición. Pedro Bermúdez Acevedo, hijo de Washington Bermúdez y Fátima Acevedo, fue precisamente uno de los más entusiastas adherentes a la causa acevedista. El 4 de marzo de 1903, escribía a su tío desde Paysandú una carta en la que recuerda las experiencias que vivieron juntos en los campamentos revolucionarios del 97. Hace una relación de los sucesos políticos en el departamento y trata de transmitirle su optimismo de luchador joven e idealista:

“Nuestro diario, —yo no sé si lo ha leído, creo que no porque *El Nacional* no ha transcripto nada y eso que, contra viento y marea hemos impugnado a la mayoría nacionalista,— nuestro diario está y estará con Vd. Hemos formado núcleo, lanzaremos un manifiesto a los correligionarios del departamento, el club está por abrir sus puertas y el triunfo (acevedista) será nuestro, pese a quien pese. Ya le dije antes que éramos pocos; hoy, *somos muchos.*”

Ajeno a la actitud radical de su padre (ignoramos si obedecía solamente a razones políticas) Pedro, también escritor y periodista, sintió verdadera devoción por su tío.

Por su parte, Fátima, en la carta que escribe a su hermano antes de la partida de éste a los EE. UU. alude a la situación tensa que se vive en el seno de la familia, lo que impide que ella y sus hijas puedan acudir a saludar personalmente a Eduardo.

“...La influencia fatal que nos ha separado no logró jamás amorrar en mi ánimo el afecto excepcional que te he profesado. Dichoso tú que te alejas de este círculo pequeño y miserable! ¿Recuerdas nuestra primera juventud cuando juntos y llenos de emoción y entusiasmo leíamos los triunfos de Juárez y los de Sherman? Ahora vas a conocer las patrias de Grant y de Porfirio Díaz ¿quién nos lo diría entonces, mi querido Eduardo! Sé feliz cual lo mereces y brille siempre tu buena estrella, que tantos rencores y envidias suscita!

Mis hijas Josefina y Hortensia te envían su cariñoso abrazo y quedan tristes porque no les es posible hacerlo real. Adiós, te abrazo y beso con mi corazón y para siempre!”

(5-X-903)

El viaje se iniciaba bajo signos poco auspiciosos y era mucho lo que Acevedo se veía obligado a dejar. Y ahora, las distancias que lo separaban de los suyos, de los amigos, del escenario de sus luchas, eran enormes. Además, el sacrificio que significó para él la vida diplomática no estuvo compensado por el desahogo económico, según se desprende de gran parte de su correspondencia familiar, en la cual expresa tan a menudo sus preocupaciones pecuniarias.

Si bien la correspondencia de Acevedo Díaz que se conserva en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional de Montevideo incluye cantidad importante de piezas, el legado documental presen-

ta vacíos apreciables. Por ejemplo la primera carta de Acevedo a su esposa desde Washington está fechada el 1º de marzo de 1905, más de un año después de su partida, y luce en su extremo superior izquierdo el ordinal XXXVIII. Tampoco se conservan las cartas de Concepción y de los hijos.

“Sucesivamente he ido recibiendo —escribe a su esposa el 29 de Julio—, con muy cortos intervalos, tu expresiva y cariñosa postal de Junio 14 (vigésimo cuarto aniversario de su boda), y tus cartas numeradas XXIX, XXX y XXXI, correspondientes a las fechas Junio 13, 21 y 27, así como una de Eduardo del 29, una postal y una carta de Hugo (20 y 29), una de Elsa (27), y otra de Leonel (27), causándome todas mucho contento, porque neutralizaban otras llegadas al mismo tiempo y de diversos conductos —pura expresión del más seco egoísmo y desnudo interés personal.”

Mas la falta de tantas piezas no obsta para que pueda reconstruirse la vida de Acevedo, por lo menos en los aspectos que importa conocer, si se procesa debidamente el material existente. La correspondencia familiar ocupa un lugar destacado y a ella dedicó Acevedo gran parte de su tiempo disponible, sin duda como paliativo de la soledad que tan poco propicia fuera para la creación literaria.

Muchas veces expresa o insinúa el deseo de volver, el temor a la nostalgia, como en esa del 29 de julio en la que manifiesta su interés en averiguar si el ambiente es propicio o no para su regreso, posibilidad ésta que no puede considerar sin cierta aprensión. Luego de cerrada, reabre la carta para comunicarle a Concepción que acaba de recibir un cablegrama con el ofrecimiento de la legación en Argentina. *“¿A ti te halaga esto? —concluye— Piénsalo bien! Si acepto, pueden volver nuestros días de martirio.”*

En los momentos cruciales de su carrera Acevedo acostumbraba recurrir al consejo de su esposa, mujer ejemplar en quien encontró siempre el apoyo moral que necesitaba en las horas de desaliento, y de quien se vio obligado a separarse tantas veces a lo largo de cuatro décadas. La influencia que Concepción Cuevas ejerció en la vida de Acevedo deberá ser estudiada especialmente cuando se escriba la biografía del escritor, de la cual, hasta el presente, sólo se han publicado trabajos parciales.

Acevedo mostró particular predilección por corresponsales femeninos; ya se tratara de su esposa, de su hija, de María Isabel Costa o de las hermanas Cánepa; siempre que escribe a mujeres aflora su romanticismo, por lo general de tono decadente, expresión nada original del *kitsch* novecentista, que contrasta con el vigor de sus mejores novelas y de algunos relatos breves. Con “Brenda”, “Minés” y la mayor parte de sus cuentos —si no hubiera escrito la tetralogía histórica, “Soledad” y “El Combate de la Tapera”— ocuparía un lugar secundario en nuestra literatura.

Con el cambio de siglo, se asiste a la fase menguante de la producción de Acevedo. Si bien en 1914 publica la última de las novelas históricas, “Lanza y Sable”, hay suficientes razones que permiten

afirmar que su elaboración data de mucho antes. "Minés" puede ser considerada su última novela, y debe su título a la contracción del nombre de la menor de las hermanas Cánepa, María Inés. Con ella y Angelina mantuvo Acevedo frecuente correspondencia, al parecer desde su regreso de Norte América, pues las primeras cartas están fechadas en Buenos Aires en el año 1906. Las hay también datadas en Italia y Brasil; y en conjunto abarcan un lapso de siete años. El estilo de estas cartas se asemeja al de la novelita póstuma. Sirva de ejemplo ésta fechada en Bs. As. en 1906, de la que se transcribe un fragmento:

"*Mi gentil Angelina:*

Como el sonoro ruido de rubíes al caer en el fondo de una copa de finísimo cristal, así me parece oír el eco de su voz al leer su esquelita, y hasta entre líneas veo su sonrisa encantadora que enseña de verdad dos sartas de perlas.

Tan cierto es que las simpatías sinceras no reconocen espacio ni tiempo, aunque medio larga, muy larga la ausencia, y en cada radiante mañana brote una ilusión nueva o surja una ilusión flamante.

.....
Diga a María Inés que ensaye poesías nuevas para el canto; que las viejas se asemejan a claveles del aire en la soledad de las montañas, sin más compañero que el sol, que es también un viejo bueno porque besa sin macular; que en las nuevas puede hallar robusta inspiración y una templada fe, propicias a los sueños del alma de niña y al corazón de virgen, tan digno de ser amado y de ser feliz por la vida entera; y que al orar con usted en el templo se acuerde siempre de todos aquellos que lo llevan doliente, porque lo han ido retorciendo hasta la impiedad para imponerse a las rudas tempestades del mundo..."

Escribirles a las jóvenes era para él reconfortante, lo reconciliaba con la vida. Dentro de este contexto la novela *Minés*, si bien carente de valores firmes, puede ser leída como testimonio de la búsqueda vana del paraíso perdido, del drama del escritor para quien la escritura ya no tiene otro objeto que el inmediato y precario de una carta.

Con el transcurso del tiempo se hace hábito en Acevedo escribir al dorso de tarjetas postales, a veces largas misivas que comprenden hasta media docena de piezas. Hacia el final de su carrera diplomática esta modalidad se intensifica, como podrá apreciarse en la presente selección. Algunas tarjetas ofrecen un interés especial, por la significación que adquiere la elección de los motivos por parte de Acevedo.

Aunque esto escapa a los límites que nos hemos propuesto y será tratado en otro artículo, a título de ejemplo nos referiremos a una tarjeta de Acevedo a Angelina Cánepa fechada en Río de Janeiro el 14 de junio de 1913.

La imagen reproducida es un magnífico ejemplo del *Kitsch*. Se titula *Vision Fantastique* y representa a un aviador azorado al ver

surgir de la trompa de su máquina en vuelo, a las Tres Gracias en contorsiones helicoidales. El interés de la estampa estriba en el hecho que en ese mismo año Acevedo escribe un cuento titulado *Veltivolo Ideal* que dedica a su hija Elsa, aún inédito, temáticamente relacionado con la figura de la postal y que corrobora la tendencia escapista que se afirma en esta última etapa.

Por otra parte, la elección de los motivos parece depender, hacia el final, de un gusto por lo sombrío. Tal vez sea coincidencia, dado que el número de piezas es de todos modos reducido y no permite extraer conclusiones absolutas. Pero no deja de ser curioso que las últimas tarjetas que se conservan de su período diplomático, fechadas el 25 de mayo una y el 1º de julio las restantes, representan: una ciudad en ruinas, una niña sola en medio de un bosque, un perro junto a una cuna vacía (el cuadro se titula "Pesar"), y por último una que tiene como título: "Ante la tumba de sus padres".

Dado que la correspondencia que ahora se publica pertenece a esta etapa final, es necesario repasar algunos hechos que contribuyen a una mejor comprensión de estos documentos.

El último viaje de Eduardo Acevedo Díaz a Europa se inició en un día luctuoso para la cultura uruguaya: el 3 de mayo de 1917, cuando llegó la noticia del fallecimiento de José Enrique Rodó acaecido la víspera, en Palermo, Italia.

Este viaje distaba mucho de ser como aquel primero que lo llevó a los Estados Unidos vía Inglaterra, en el que una dulce melancolía y algunos galanteos aliviaron sus recientes amarguras (véase el nº 18 de la Rev. de la Biblioteca Nacional: *Viaje de Montevideo a Londres*). Ahora navegaba hacia un continente en guerra, y además se sentía abrumado por los achaques de la edad. El mismo día de la partida, el diario batillista informa escuetamente:

"Gobierno. Nuestro ministro en Suiza y Austria. A bordo del "Infanta Isabel de Borbón" partió hoy rumbo a Europa el Ministro del Uruguay en Austria y Suiza, Señor Eduardo Acevedo Díaz.

El viaje del diplomático uruguayo no puede pasar de ninguna manera inadvertido, pues son notorias sus cualidades relevantes de hombre de letras y de hombre público, así como su actuación de representante uruguayo en otras naciones amigas como Estados Unidos, Italia, Argentina y Brasil."

Mucho más parca será la información sobre su regreso, como se verá más adelante. Acevedo comenzaba a ingresar en el olvido. Después de 1914, cuando publicó *Lanza y Sable*, sólo dio a la imprenta un par de cuentos de escaso interés. Aparecieron además algunos artículos literarios, históricos y políticos, en periódicos y revistas de Montevideo y Buenos Aires y, en 1916, *El Mito del Plata. Comentario al último juicio del historiador Mitre sobre Artigas*, que conoce una segunda edición aumentada, en 1917. Después, el si-

lencio. Es significativo el hecho de que durante la década del veinte no se reeditó ninguna de sus obras.

El viaje no ofrecía ninguna perspectiva alentadora, además, la guerra submarina significaba un riesgo enorme. Un testimonio valioso acerca de las circunstancias en que se desarrollaron los hechos, lo ofrece Luis Enrique Azarola Gil en su libro *AYER / 1882-1952*, publicado en Lausana en 1953, capítulos II y XIII, págs. 115 y siguientes:

“Como he dicho —recuerda Azarola—, en el otoño de 1917 el gobierno uruguayo resolvió pronunciarse oficialmente a favor de la causa de las democracias occidentales y romper sus relaciones diplomáticas y comerciales con el imperio alemán. Desde los preliminares de esa decisión se pensó confiar a Suiza la representación y la defensa de nuestros intereses en Alemania, y en vista de ello crear una legación permanente en Berna, que hasta entonces había sido atendida por los ministros acreditados en Italia. Con este motivo, se designó al eminente hombre público don Eduardo Acevedo Díaz como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante el gobierno helvético y se integró esa misión con dos secretarios, el señor Pedro Requena Bermúdez y yo. El ministro Acevedo Díaz partió en mayo de aquel año acompañado por Requena, y yo me embarqué el 2 de junio siguiente en Buenos Aires en el vapor *Reina Victoria Eugenia*.

En aquellos días había llegado a su apogeo la guerra submarina sin limitaciones, y los hundimientos alcanzaban con frecuencia a los barcos de países neutrales. De ahí que la partida de un transatlántico provocara despedidas emocionantes...”

Sin embargo el viaje de Acevedo fue feliz, de acuerdo a lo que escribe desde Sevilla dieciséis días después de la partida. “*Nadie nos incomodó*”, y agrega:

“...*Mañana paso a Granada, de allí a Córdoba, por la feria, y corrida de toros. Luego a Madrid. Después marchó sin detenerme a Francia y Suiza.*”

Rumbo a Barcelona, el viajero disfrutaba del itinerario y de un grato tiempo primaveral. Se detiene a observar las gentes y sus costumbres, o a evocar el pasado en los monumentos superstitiosos. Las primeras cartas que escribe desde su llegada a Europa, revelan la gozosa despreocupación del viajero que se entrega a la contemplación y fija en su memoria los momentos más sentidos o los más curiosos, durante su transitar por el viejo mundo.

Pero a medida que se aproxima a su destino: Berna, se hacen más frecuentes los inconvenientes resultantes de la guerra. El 9 de junio escribe a su hijo Eduardo desde Madrid, donde se encontraba desde hacía dos semanas:

“...*De ustedes, sigo a oscuras. Mañana sigo para Barcelona, de allí a Cervera y Lion, y de ésta a Ginebra. Sobre este itinerario*

forzado, que Concepción y Elsa te enseñen mis últimas postales explicativas. Si esto sucede a diplomáticos, puedes imaginarte qué vía crucis será la de los particulares. ¿La causa? El espionaje que tanto daño hace en todas partes..."

La estación estival es propicia para que Acevedo pueda deleitarse con el paisaje suizo. A cada paso se detiene a admirar la naturaleza o a evocar sus lecturas históricas y literarias, según expresa en su carta a Concepción del 1° de julio. Pero ello no podía aliviar el dolor de estar lejos, condenado a la frecuente incomunicación debida a las irregularidades del correo de tiempos de guerra.

Nunca había escrito tantas cartas a su familia. Lo hacía sin descanso, sabiendo que muchas no llegarían nunca a destino.

"...Escribo con tanta frecuencia por temor de que muchas cartas se pierdan, y por aprovechar los distintos vapores-correos. Ustedes deben proceder lo mismo. De ese modo estaríamos en comunicación más frecuente, aunque parte de esa correspondencia llegase más o menos atrasada..."

No se conserva en el archivo Acevedo Díaz ninguna de las cartas escritas desde París, donde permaneció una semana. Acaso nunca llegaron a destino.

"...sentiría de veras que en su salida de Burdeos dos o tres de esas cartas hubieran perdido el rumbo yéndose al fondo de las grutas submarinas. Si las has recibido todas, indícame las fechas que llevaban, a fin de verificar. Esas cartas fueron escritas del 15 al 21 de agosto —día este que regresé a Berna por tren nocturno."

(8 de set. 1917).

A partir de entonces sus cartas estarán fechadas en Suiza. Como las anteriores, la mayoría fueron escritas, con letra clara y muy menuda, en el reverso de tarjetas, en juegos numerados.

Ahora será más difícil desplazarse, pues la llegada prematura del invierno y las limitaciones que impone la economía de guerra harán sumamente penosa la situación de Acevedo.

"...El 8 de octubre —cuenta Azarola Gil— recibimos la comunicación oficial de nuestra ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania, iniciándose con ese motivo un período de actividad en la legación. Por aquellos días comenzó el invierno que debía ser largo y rudo en la región de los Alpes, donde conocí temperaturas de doce y quince grados bajo cero, tormentas de nieve y depresiones morales. En efecto, el cuerpo diplomático se había sometido espontáneamente a los racionamientos impuestos a la población del país; carecíase de elementos casi indispensables; el carbón escaseaba, lo que significaba poseer una calefacción insuficiente; en las comidas, había que optar entre un plato de carne, o de pescado, o de huevos, pero nunca dos

de ellos en el mismo menú; casi no había azúcar ni manteca pero confieso mi admiración ante la disciplina de aquel pueblo que se sometía sin quejas y sin violaciones a las más duras disposiciones...

El ministro Acevedo Díaz se alojaba en el hotel tradicional de Berna, confortable y lleno de una distinción a la antigua, cuyas terrazas tenían vistas admirables sobre las montañas de Oberland. El Bernerhof era, a la vez, sede de otras misiones diplomáticas, y las exigencias de la guerra mantenían en actividad a elementos cuyos cometidos políticos y militares asemejábanse mucho a maniobras de espionaje..."

Afirma Azarola que fue durante su misión en Suiza que Acevedo escribió sus últimas páginas y le dió a conocer interesantes antecedentes de historia política, *principalmente del último tercio del período feudal uruguayo*, para referirse luego a la entereza estoica con que Acevedo sobrellevó las adversidades:

"El invierno en los Alpes, soportado en medio de severas restricciones impuestas a la vida, y como he dicho, con limitados recursos de alimentación, y casi sin calefacción, quebró su organismo debilitado sin abatir su firmeza moral. Aún en los días en que la gravedad de los acontecimientos políticos y militares que se producían a nuestro alrededor angustiaba a los espíritus más fuertes, él conservó una fe inquebrantable en el triunfo de la causa aliada; y sólo cuando se producía el derrumbe de los imperios centrales y se anunciaban los prolegómenos del armisticio, consintió en resignar sus altas funciones y retornar al seno de la familia. Lo llevé a Buenos Aires con toda clase de riesgos y dificultades, vencido por los achaques físicos, pero dispuesto a recibir la muerte con la entereza serena de su temple romano."

Por su parte, Pedro Requena Bermúdez escribe a Eduardo Acevedo hijo, el 31 de marzo de 1918:

"...Su padre, sin tener como les he comunicado, nada inquietante, ha pasado el invierno mortificado por unos persistentes dolores al costado derecho y a la espalda y síguenle. Sahli no lo atribuye a exceso de ácido úrico, que no existe; no los considera reumáticos: constata que son determinados por la vida sedentaria, por la escritura prolongada de meses y años, inmóvil, inclinado siempre sobre ese costado derecho. Le aconseja insistentemente que salga, camine, *dejando el coche*; pero nada... Uds. saben cuánto es empecinado, cuando llega a ese caso..."

En julio de 1918, Acevedo decide pedir licencia para viajar a Buenos Aires donde vivía su familia. "La familia es lo que necesita papá en *absoluto* —escribe Requena en la carta citada— bajo el punto de vista de su salud delicada y bajo *todos los puntos de vista...*"

Azarola Gil fue autorizado para acompañarlo en el viaje de retorno y se embarcaron el 4 de setiembre en Barcelona (?). La

travesía duró tres semanas “agravada por una epidemia de gripe que contagió a todos los pasajeros y que fue probablemente el vehículo de la que estalló inmediatamente después en Montevideo y Buenos Aires.”

Los diarios más preocupados por la epidemia que atentos al regreso definitivo del escritor, apenas lo mencionan:

“A bordo del paquete español Reina Victoria Eugenia llegó ayer a esta capital el señor Eduardo Acevedo Díaz, representante diplomático de nuestro país ante el gobierno de Austria Hungría y Suiza. También llegaron el secretario de Legación señor Luis Azarola Gil y el cónsul del Uruguay en el Havre señor Roberto Castellanos Mañé.” (EL DIA, 26-IX-1918).

Los tres años que aún le restan de vida son la prolongación de sus padecimientos si bien tiene el consuelo de encontrarse por fin en el hogar añorado. Ni siquiera puede tomar la pluma. El 5 de noviembre de 1918, en una carta que dicta para ser remitida a Arturo Salom (h.) expresa:

“...El estado de mi salud a consecuencia del rudo invierno de Berna, no me permite aún decir cuando podré viajar a esa (Montevideo). Como lo ves, hasta para atender correspondencia necesito de secretario.”